

FIGURAS DE LA RAZA

**Joaquín
Costa**

por
Marcelino Domingo

**IBAF
531**

40 cénts.

T. 630 861 R. 108140 CB. 2879058

FIGURAS DE LA RAZA

REVISTA SEMANAL HISPANOAMERICANA

FUNDADOR: José Gutiérrez-Ravé Montero

Año I	Madrid, 4 de diciembre de 1926	Núm. 5
-------	--------------------------------	--------

Joaquín Costa

P O R

Marcelino Domingo



OFICINAS:

ARANGO, 6, PRIMERO DERECHA

MADRID (10)

Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32 duplo — Tel 977-J



JOAQUÍN COSTA

RESUMEN DE SU VIDA Y DE SUS OBRAS

Joaquín Costa nació en Monzón (Huesca).
La fecha de su nacimiento fué el 14 de sep-
tiembre de 1846. Sus padres eran labradores.
No tenían medios de sostenerse en Monzón y
se trasladaron a Graus poco tiempo después
del nacimiento de Costa.

Un tío de Costa, sacerdote—el mismo caso
se da en Lloyd George—, lo recoge y se lo
lleva con él a Huesca, donde Costa obtiene los

títulos de maestro, delineante y agrimensor. Sentía entusiasmos por la Arquitectura y estudió también con detalle escrupuloso todas las materias que abarcaba esta actividad. Pensionado por la Diputación provincial de Huesca, visitó la Exposición Universal de París y permaneció en Francia hasta que hubo de regresar a su país con objeto de cumplir el servicio de las armas. Dedicóse después al estudio del Derecho, simultaneando esta carrera con la de Filosofía y Letras. Hizo oposiciones a notario, y obtuvo una de las notarías de Granada; se presentó a oposiciones para una plaza de abogado del Estado, que ganó, como ganó otro puesto de catedrático supernumerario de la Universidad de Madrid. Una contrariedad en unas oposiciones le irritó de tal manera, que se apartó de todo cargo del Estado. No quiso tratar ya con la burocracia del Estado español nada más.

Destaca por su actuación en varios Congresos, principalmente en el Congreso español de Geografía colonial y mercantil de 1883, en el que presentó una magnífica ponencia analizando la actitud de España respecto al problema de

Marruecos. Se significa por sus trabajos de investigación y doctrina jurídicas: el discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, "La ignorancia del Derecho", es una obra maestra a este respecto. Pero la personalidad de Costa adquiere el máximo relieve con motivo de la fundación de la Liga de los contribuyentes de Ribagorza, origen de la campaña llamada de la Liga Nacional. Esta campaña convirtió a Costa de un sabio de laboratorio en un ciudadano; de un hombre de biblioteca en un hombre de la calle; de un erudito en un conductor de multitudes; de un analista del pasado, en un escultor del futuro. La Asamblea de las Federaciones agrícolas, reunida en Zaragoza en 1899 y presidida por él, articula y define todo un programa de gobierno. Ofreció este programa a la Monarquía, que lo desatendió; se declara Costa republicano, ofreciéndolo a las izquierdas antidinásticas. Decepcionado, se retiró en 1903 a su casa de Graus. Elegido después diputado a Cortes no quiso ocupar su escaño en el Congreso, alegando que en España no precisaba la evolución por las leyes y desde las Cámaras, sino la revolución desenca-

denada y purificadora. Sólo volvió a Madrid para recluirse en el Ateneo y estudiar silenciosamente, apartado de toda comunión política, o para informar contra la ley del terrorismo que intentaba promulgar Maura. Minado por una antigua enfermedad, fué debilitándose, postrándose. Murió en su pobre, pequeña y vieja casa de Graus el 8 de febrero de 1911.

¿Sus libros? Una montaña de ellos, en cantidad; una antología por la calidad. “El juicio pericial y su procedimiento”, “Teoría del hecho jurídico individual y social”, “La libertad civil y el Congreso de los jurisconsultos aragoneses”, “Estudios jurídicos y políticos”, “Derecho municipal consuetudinario de España”, “Tranvías y ómnibus”, “Los Ayuntamientos y las alineaciones de justicia”, “Reforma de la fe pública”, “Los fideicomisos de confianza y sus relaciones con el Código civil español”, “El Consejo de familia en España”, “Estudios clásicos”, “El comercio español y la cuestión de Africa”, “Colectivismo agrario en España; doctrinas y hechos”, “Crisis política de España”, “Derecho consuetudinario y Economía popular de España”, “Oligarquía y caciquismo

como la forma actual de gobierno en España; urgencia y modo de cambiarla”, “Reconstitución y europeización de España. Programa para un partido nacional”; “Estructura de los programas políticos de los partidos”.

COSTA Y SU AUTOBIOGRAFIA

El nombre de Costa habrá de citarse en España hasta que sus doctrinas y la fortaleza de su espíritu hallen realidad. El nombre de Costa ha de ir escrito en la bandera que alcen como divisa los españoles que se propongan restaurar y europeizar a su Patria.

Aquí, en esta tierra, donde los escépticos encuentran siempre entusiastas que les acompañen en su escepticismo; aquí, en este pueblo, altamente mesiánico, donde todo se confía al poder, a la voluntad o a la intriga de un hombre superior, y donde los iconoclastas son todos los españoles, que lapidan los mismos monumentos que levantan; aquí, donde para hallar un principio de derecho se mira fuera de España, y para citar un nombre de prestigio se

cita un nombre extranjero, es preciso demostrar que en las obras de Costa hay, con el análisis de un Derecho antiguo, los fundamentos de un Derecho moderno, y que el nombre de Costa resiste el cotejo con los nombres más ilustres de la Europa de nuestros días.

Cuando Maeztu, en el Ateneo de Madrid, hablaba de la obra de los intelectuales ingleses, decía que la dieta normal de éstos era muy superior a la de nuestros intelectuales. Al efecto citaba la labor de Bernard Shaw y de Juan Galsworthy. Bernard Shaw, decía, produce un drama o dos al año, un libro de ensayos, colaboración constante en una docena de revistas; cuarenta o cincuenta cartas-polémicas al "Times"; sesenta o setenta discursos de propaganda socialista; trabajo administrativo en algún teatro y en la Sociedad Fabiana. Juan Galsworthy publica anualmente un drama, una novela y un libro de ensayos, emprendiendo, por añadidura, todos los años alguna reforma social. ¿Cómo puede realizar esta labor? Bernard Shaw—dice Maeztu—no bebe, no come carne, no ingiere estimulantes, no se permite caprichos amorosos, no asiste a reuniones de recreo

ni a tertulias; su vida es todo estudio, producción y acción pública; no se le ve personalmente sino ante miles de personas, cuando va a defender en algún mitin alguna causa colectiva. Por el mismo régimen de constante esfuerzo mental, retraimiento de diversiones y vanidades y perfecta administración de la energía, realiza Juan Galsworthy su labor.

¿Por qué hemos evocado la labor personal de estos dos hombres? Para poder decir en seguida que en España ha habido también quien, con espíritu de continuación, sin desmayos, sin intermitencias, ha superado esta obra tan numerosa, tan eficiente y tan diversa; para poder decir que en España ha habido también quien ha disciplinado su vida hasta el punto de convertir la vida de un hombre en la vida de un santo. Y que este sabio y este santo ha sido Costa.

Recordad toda su obra: se compone de más de sesenta volúmenes, todos ellos documentados, intensos, profundos; todos ellos llenos de ideas propias, originales y valorados por textos ajenos, compulsados, criticados, comentados y analizados; se compone de una infinidad

de artículos dispersos por revistas y periódicos; de discursos pronunciados, fijando una posibilidad concreta, la única que decorosamente podía seguirse en todos los momentos de agitación; de manifiestos, de informaciones, de llamamientos. Su obra le mató: el excesivo trabajo del cerebro acabó con todo el cuerpo. Así lo declararon los médicos que le asistieron, sin esperanza de salvarlo ya, en los últimos días.

Recordad también la austeridad de su vida. Allí, en Graus, estaba recluso en una casa modestísima; apenas salía de ella; la solicitud de unas mujeres ponía dulcedumbre de palabras y de afectos cordiales a su dolor moral y a su enfermedad. Cuando decidió salir de Madrid para refugiarse en aquel rincón, donde podía sentir más a España y trabajar más por España, preguntó a Alfredo Calderón si con dos pesetas diarias podía vivir un hombre; tal era la modestia a que pensaba someterse; modestia que llevó al extremo de no querer informar nunca, ni aun a los más íntimos, de los detalles de su vida. En la época del movimiento de la Unión Nacional, el director de

una importante publicación británica, "Review of Reviews", habló con Costa y rogó a éste que trazara su autobiografía. Costa contestó así: "Agradezco el honor , pero no lo merezco. Hablar de mí mismo sería profanarme, y me estimo en poco para el galardón y en mucho para el propio menosprecio. Soy español dos veces, porque soy aragonés. Trabajo por la reconquista. Me ocupo de asuntos interiores, los de mi pueblo, y mientras no consiga que éste mejore de condición, cuanto he realizado no pasará de la categoría de un buen propósito. Así, pues, mi biografía no le importa a nadie, ni a mí mismo." A lo que el periodista contestó: "Austeridad digna del genio. Sois, pues, un hombre de Plutarco, con el que nada tiene que hacer un escritor tan humilde como yo." Costa puso fin a la correspondencia con estas palabras: "Si Plutarco se hubiese contentado con tan poco no hubiera escrito las "Vidas paralelas". El periodista me favorece con su curiosidad, y para corresponder a su benevolencia le diré que nací en un pueblo de España en que el dolor común de los españoles lacera el alma con pena familiar. Empecé

a vivir cuando España había llegado al límite de la decadencia. Llegué a la madurez mental en días en que esa decadencia degeneró en catástrofe. Yo había estudiado la historia de mi país, y el choque de lo aprendido con lo que vivía arrancó de mi pensamiento trenos de ira. Este es el resumen de mi historia. Ya ve usted que tiene muy poca importancia”

EL HOMBRE QUE AMA SU TRABAJO

Para él tenía muy poca importancia; para nosotros, si no hubiese tenido su importancia, otros aspectos de carácter práctico, positivo, tendría éste principal: el aspecto del hombre que ama su trabajo, que se sacrifica, que se deja sacrificar como un mártir por la religión del trabajo.

En este país, en donde el político dice que no ama la política y que está en ella por compromisos, por herencia, por imposición; donde el profesor dice que le pesa la cátedra, y le molestan los alumnos, y le aburre la ciencia; donde al periodista le cae la pluma de la mano, y al soldado le cae el fusil del hombro, y al labrador le cae la esteva de los puños, y al sacerdote le cae la cruz del corazón; en este país,

donde tener una profesión es tener una cadena, en donde consagrarse a un trabajo es resignarse a un martirio; en este país, en donde todos odiamos lo nuestro y no amamos—porque si lo amáramos lo conquistaríamos—lo que hacen los otros, el ejemplo de un hombre que ama su trabajo y que sacrifica la vida por dar eficacia y vida eterna a ese trabajo, es ejemplo que en nuestra sociedad de hoy no debe citarse como se cita en las sociedades que pertenecen a religión que no es la religión cristiana la vida de los hombres que perdieron su sangre por Cristo.

El trabajo amoroso de Costa es ya un motivo de recordación en este país, en donde los más no trabajan, y en donde la mayoría de los que trabajan odian el trabajo que por necesidad se ven obligados a realizar.

FITCHTE Y COSTA

Este era el valor psicológico del hombre: el hombre que ama su trabajo.

¿Cuál era este trabajo? En abstracto, el trabajo de Costa en España es el de Fichte en Alemania. Fichte trabaja en el silencio años y años; en el silencio, sin ser apercibido nada más que por un grupo de escogidos, va escribiendo Costa estas obras, que tendrán más vida cuanto más vida tenga España; que vivirán tanto como viva el nombre de España, y que se llaman “La poesía popular española”, “Mitología y Literatura celtohispanas”, “Estudios ibéricos” y “Colectivismo agrario en España”. Ellas nos descubren qué hay en el alma de los españoles: qué sentimientos, qué emoción, qué ambiente, qué instintos, qué fatalis-

mo mueve a los españoles a ser como son. Ellas nos enseñan a los españoles a conocernos, a conocernos a nosotros mismos, a ver lo que fuimos en lo pasado, cuando no había surcos en la frente, ni odios en el corazón, ni prejuicios en la inteligencia, para saber lo que podemos ser en lo por venir. Así analiza Fichte el alma sajona.

Pero llega para Alemania una fecha: el comienzo del siglo XIX. En esta época el pueblo alemán, dividido y pisoteado por los granaderos franceses, no solamente era un pueblo sin determinación política, sino también un pueblo mísero, un pueblo sin cultura. Es, en esta época, cuando alza su voz el filósofo Fichte, quien difunde la unidad alemana, diciendo a sus compatriotas: "Levantaos, levantaos; vosotros sois la nación alemana, y tenéis por función realizar entre todos los pueblos el reino del pensamiento, el reino del espíritu; no os dejéis oprimir por la fuerza brutal; ¡levantaos!" Y acompaña a este llamamiento un programa de organización de las Universidades y de las Escuelas alemanas y un programa de justicia social para la masa de los asalariados.

La unidad alemana cree él que ha de ser la vida de Alemania; pero para que esta vida no sea una ficción, no sea un momento de Alemania, ha de sostenerse en la robustez corporal y en la fortaleza intelectual de la raza: en la despena y en la escuela.

El problema crítico, que se presentó para Fichte en 1813 y 1814, se presentó a Costa en 1898, después del desastre de nuestras armas, de la pérdida de nuestras colonias y del convencimiento de nuestra inferioridad. También Costa dirigió un llamamiento al pueblo. “¡Vosotros, los agricultores!—decía—. ¡Vosotros, los comerciantes! ¡Vosotros, los industriales! ¡Vosotros, los maestros, los escritores, los jueces!...” Así invocaba a toda España; así quería despertar y europeizar a toda España. Y para despertarla y europeizarla acompañaba también su llamamiento de un programa pedagógico y de otro programa económico: de un programa que fijaba los medios de dar pan a un pueblo que tenía la mitad de los habitantes que se acostaban con hambre todas las noches, y un 75 por 100 que no había recibido ni aquel principio cultural, que ya no se

discute, considerado como fundamental en todos los países, y que consiste en saber leer y escribir.

La Alemania de hoy es la Alemania que soñó Fitchte; la España de hoy sigue siendo la España que condenó Costa. ¿Por qué? Después de Fitchte, Alemania analizó su situación; miró con ojos de médico a la patria, y vió que faltaba unidad espiritual, que faltaba cultura, que faltaba pan y seguridad para los que trabajan; que faltaba, en definitiva, justicia social. Y entregándose a una política de soluciones, a la que, después de Sedán, los franceses llamaron política de recogimiento, fué cuando, con el esfuerzo desde arriba y la colaboración de los de abajo, brotaron de la raza todos estos valores, que necesitaban, para animarse, un soplo de optimismo y de trabajo. No así España: después del desastre, la voz de Costa descubrió que las escuelas estaban en el siglo XV; que la agricultura estaba en el siglo XV; que la industria estaba en el siglo XV; que el juez de España no hacía justicia; que el maestro de España no enseñaba; que el sacerdote de España no sentía el espíritu del Evangelio. Des-

cubrió que el caciquismo abajo y la oligarquía arriba, invadían todos los poderes, sujetándolos a sus conveniencias, a sus apetitos. Descubrió que España se había detenido y que era necesaria hacerla andar de prisa para alcanzar a los otros pueblos que no habían hecho un alto en el camino. Que era necesario tener pesimismo en el cerebro para comprender los dolores de la Patria y optimismo en las manos para ir aliviando rápidamente estos dolores.




España no se entregó a una política de recogimiento; a una política en la que todos callaran y trabajaran; a una política de penitencia y de reconstrucción, en la que el legislador se doliera de su ineficacia pasada y levantara en su espíritu el legislador nuevo; en la que el maestro se arrepintiera de los métodos que había empleado en la enseñanza y defendiese la cultura por métodos nuevos; en la que el labrador llorara el poco amor que había puesto en el cultivo de sus campos y aprendiera nuevos cultivos de aplicación; en la que todos sintiéramos rubor de la España que había caído en 1898 y nos prometiéramos con nuestros esfuerzos, con nuestras manos, con

cruzo en el ferrocarril desde Zaragoza me hace el efecto de una región extranjera; sólo cuando llego a Barbastro y a Graus me siento en mi patria y en mi tierra: ¡dos oasis clavados en un desierto enemigo! No quiero nada con Huesca. Si alguna vez voy será señal de que ha llegado la hora de las grandes justicias.” No fueron más terminantes las palabras de Jesús a sus apóstoles cuando les dijo que allí donde no les recibieran ni oyeran sus palabras, salieran en seguida, sacudiendo hasta el polvo de sus pies.

Pero los hombres de hoy de Monzón hanse redimido del pecado de los hombres de ayer. y el odio de Costa a su tierra, su tierra lo paga con creciente amor a Costa. Así en la casa donde Costa nació hay una lápida. Y hay en Monzón una calle que se llama calle de Costa. Y hay un Centro adjetivado Centro Costista. Y en los casinos destaca en lugar preeminente la testa venerable del gran aragonés. Y, lo que es más esencial, la sustancia espiritual de Costa va entrando en las entrañas de su tierra.

Monzón no es como Corazín, ni como Bethsaida, ni como Cafarnaum, las tres ciudades

impenitentes y cuyo castigo en el día del Juicio será más severo, según la predicción evangélica, que el castigo de Sodoma. No; Monzón es la ciudad pecadora que, como Magdalena, lava sus culpas ungiendo con ungüento y limpiando con los cabellos de su cabellera los pies del Señor.



Sindicato de Iniciativa — y — Propaganda de Aragón

~ Plaza de Sas ~ **ZARAGOZA**
(entr. Estébanes, 1, 1.º)

Atracción de forasteros ~ Turismo

Salón de Lectura ~ Horarios
Tarifas ~ Informaciones ~ Guías
ilustradas ~ Itinerarios ~ Infor-
mes absolutamente gratuitos

En el mismo local está domiciliada la

**REAL ASOCIACIÓN
AUTOMOVILÍSTICA ARAGONESA**

Y LAS OFICINAS DE LA

**ASOCIACIÓN DE LA PRENSA
DE ZARAGOZA**

